

GERMINAL

DOCUMENTOS DE TRABAJO

PUBLICACIÓN PERIÓDICA DE ANÁLISIS Y ESTUDIOS
SOBRE LA REALIDAD SOCIAL Y POLÍTICA DEL PARAGUAY

**Ideología y aparatos ideológicos de
estado - un análisis del concepto de
ideología en Louis Althusser**

María Eugenia Insaurralde Perrotta

N. 25 - Noviembre 2015

**Centro de Estudios y Educación Popular Germinal
Asunción - Paraguay**



El tema del presente ensayo está contenido en la pregunta guía ¿Cuál es la naturaleza humana? ¿Estaría esta naturaleza en la dicotomía del ser humano bueno o malo? ¿O la naturaleza humana debería buscarse en qué es lo que nos hace seres humanos y, por lo tanto, nos distingue de las demás especies del reino animal?

El primer abordaje, sobre si el hombre es bueno o malo por naturaleza, ha sido la primera consigna a desarrollar en la clase de Teoría Política y del Estado. Al revisar la historia de la teoría política se encuentran autores que se posicionan en uno u otro sentido.

Por un lado, el llamado optimismo antropológico considera al hombre bueno por naturaleza y que obra bien en el uso de la libertad que posee. Se encuentran entre los más destacados representantes en la filosofía moderna Locke, Rousseau y Kant, quienes dan un enorme valor a la razón y se apoyan en el progreso científico de la época. El optimismo antropológico se vincula con dos movimientos políticos que intentan realizar los valores de la igualdad y de la libertad: el liberalismo y el anarquismo. Para el liberalismo, el Estado apenas debía intervenir en la sociedad solamente para garantizar el orden social y los “derechos naturales” del hombre – libertad, igualdad, propiedad. En cambio, para el anarquismo, el Estado es una traba para el desarrollo de la humanidad y debe ser destruido.

Por otro lado, el llamado pesimismo antropológico considera que el hombre es malo por naturaleza y, por lo tanto, es necesario controlarlo; que la libertad representa un peligro y se justifica la sumisión y el terror. Maquiavelo y Hobbes van a incorporar al pensamiento político esta concepción pesimista de la naturaleza humana. En lo político, el pesimismo antropológico dio paso al absolutismo estatal. La existencia de un poder fuerte, en manos de uno, o de una minoría, o de una mayoría, capaz de limitar y someter la libertad e impedir la lucha de todos contra todos y la anarquía.

Tanto las construcciones teóricas y políticas fundamentadas en el optimismo, como en el pesimismo antropológico, se sustentan en una concepción unilateral y dada que afirma que el ser humano nace bueno o malo, siendo excluyentes una de otra y, por sobre todo, considerándolas como innatas y no como construcciones sociales; son ambas concepciones abstractas y ahistóricas de la naturaleza del hombre que la presentan bajo la sentencia oculta del “siempre fue así y siempre será”. Para ambas construcciones se trata de una sociedad de individuos, sin considerar que el ser humano, desde sus orígenes, pasa toda su vida al interior de relaciones grupales, dentro de las cuales son posibles relaciones interindividuales y no el contrario. De esta manera, son concepciones que universalizan valores morales de una época particular, como lo fue la Modernidad.

Si miramos un poco más allá de las reflexiones anteriores, con naturaleza humana nos referimos a lo que caracteriza a nuestra especie desde los propios orígenes hasta el día de hoy. Por lo tanto, si es parte de nuestra naturaleza, independientemente del periodo histórico analizado, estará presente en cada ser humano.

¿Cuál sería esta marca distintiva que nos hace diferentes a las demás especies? Pues me refiero al trabajo. ¿Por qué el trabajo? Primero se debe considerar que para hacer historia, filosofía, política, crear sociedades, Estados y todo lo que la humanidad ha desarrollado hasta el día de hoy, existe una condición básica y fundamental: estar vivos. Para estar vivos

tenemos que alimentarnos, protegernos de la intemperie y el clima – tener un techo y vestimenta, etcétera.

Todas las especies animales, a diferencia de los seres humanos, se adaptan a la naturaleza. Por ejemplo, las especies que viven en el Polo Norte o Sur no sobrevivirían en el desierto. Por su lado, aquellas que viven en el desierto no sobrevivirían en el Polo Norte o Sur. Con el ser humano sucede algo diferente. El ser humano es capaz de vivir en ambos ambientes porque puede adaptar la naturaleza a sus necesidades a través del trabajo.

En tal sentido, el trabajo es, antes que nada, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en el cual el ser humano media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. En el capítulo V, Tomo I, de su obra *El Capital*, al desarrollar su teoría sobre el proceso de trabajo y proceso de valorización, Marx dirá al respecto: “El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida.” (1999; 215)

De esta manera, el hombre es parte de la naturaleza y se pone en movimiento para operar sobre la misma de modo a transformarla para satisfacer sus necesidades, lo que al mismo tiempo transforma su propia naturaleza. Esta relación hombre-naturaleza se da a través del proceso de trabajo.

El proceso de trabajo se compone, pues, de la *actividad orientada a un fin* – es decir, el trabajo mismo que busca un objetivo -, *su objeto* – ya sea la materia prima o materia en estado natural – y *sus medios* – las herramientas que median el trabajo y el objeto.

El proceso de trabajo termina en un producto, se concretiza en algo que es fruto de la combinación de los tres elementos que forman el proceso de trabajo. Lo que en el trabajador aparece bajo la forma de un movimiento, en el producto aparece objetivado.

El proceso de trabajo (...) es una actividad orientada a un fin, el de la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para las necesidades humanas, condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de toda forma de esa vida, y común, por el contrario, a todas las formas de sociedad. (MARX; 1999 - 223)

Además, la misma producción de los productos necesarios para vivir es una producción social porque una persona no puede producir ella sola, aislada de la sociedad, todo lo que necesita para vivir. No todos hacen todo en la sociedad. En este sentido, hay una división social del trabajo que transitó en la historia desde la concentración del conocimiento de todo el proceso de trabajo por parte del trabajador hasta llegar a la fragmentación de ese conocimiento debido a la producción de partes aisladas y separadas de un proceso mayor que el trabajador desconoce.

La producción de las herramientas necesarias para extraer de la naturaleza humana aquello que necesitamos para satisfacer nuestras necesidades es lo que nos diferencia de los demás animales. Es a partir del trabajo que el ser humano expresa su humanidad, su verdadera

naturaleza y todo lo que produce es expresión de su humanidad, es objetivación de su subjetividad, en un objeto externo a su productor.

Nótese que el sentido común designa “trabajo” a la actividad realizada a cambio de un pago, sea salario, jornal u otro. Pero esa es, en realidad, una forma particular del trabajo, el trabajo asalariado. En la historia de la humanidad existieron y existen diferentes formas particulares que asume el trabajo, por ejemplo, el trabajo comunitario-primitivo, el trabajo esclavo, el trabajo feudal, el trabajo en las colonias, el trabajo asalariado, etc. Todas esas formas particulares de Trabajo comparten las características del Proceso de Trabajo (actividad orientada a un fin, objeto y medios), pero se diferencian en las relaciones sociales de producción de cada época.

Si el trabajo es lo que nos hace humanos, en la sociedad capitalista, el mismo asume una forma particular a partir de las relaciones sociales de producción que caracterizan a este sistema, es decir, a partir de la propiedad privada de los medios de producción (en manos de los capitalistas) y el trabajo asalariado (compra y venta de fuerza de trabajo).

Estas relaciones sociales hacen que, por un lado, el trabajador no decida qué producir, cómo producir, cuánto producir, para quién producir, y por otro, que el producto de su trabajo, donde éste se objetiva, no le pertenece, sino que es propiedad de *otro*. Y por lo tanto, se relaciona con el mismo como con un objeto extraño.

Esto significa que el trabajador, en el sistema capitalista, no produce los objetos necesarios para satisfacer sus propias necesidades, sino para satisfacer las necesidades de otro, las necesidades del capital. Si fuera de aquella manera, las personas trabajarían para sí mismas y no para otros. Esta transformación de las relaciones de producción genera las condiciones para que la actividad humana aliene en vez de humanizar.

¿En qué consiste entonces la enajenación del trabajo? Primeramente en que el trabajo es externo al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo, arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo, fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino forzado, trabajo forzado. Por eso no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer las necesidades fuera del trabajo. Su carácter extraño se evidencia claramente en el hecho de que tan pronto como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo se huye del trabajo como de la peste. El trabajo externo, el trabajo en que el hombre se enajena, es un trabajo de autosacrificio, de ascetismo. (...) De esto resulta que el hombre (el trabajador) solo se siente libre en sus funciones animales, en el comer, beber, engendrar, y todo lo más en aquello que toca a la habitación y al atavío, y en cambio en sus funciones humanas se siente como animal. Lo animal se convierte en lo humano y lo humano en lo animal.” (MARX; 2009 – 109/110)

Para concluir el ensayo, la bondad o la maldad no pueden absolutizarse ni mucho menos naturalizarse porque la historia de la humanidad ha demostrado que las mismas cambian con las transformaciones de las sociedades, que hay relaciones sociales de producción que

favorecen la supremacía de una sobre otra y viceversa, pero que son prácticas y valores construidos históricamente. Además, han sido utilizados por teóricos para justificar y argumentar una teoría política

Considero que la naturaleza humana se caracteriza por el trabajo, es decir, por la capacidad que tenemos los seres humanos de satisfacer nuestras necesidades a partir de la transformación de la naturaleza para tal fin. En ese sentido, nuestra naturaleza también sería la imperfección; somos seres imperfectos que necesitamos dominar cada más la naturaleza y nuestro trabajo para mantenernos vivos.

Si nos preguntamos qué ha llevado a los seres humanos a vivir una situación de alienación de lo que los caracteriza, si ha sido una cuestión de voluntad, de maldad de un pequeño grupo, no podemos más que remitirnos al presupuesto materialista que nos plantea que es el propio desarrollo y evolución de la humanidad el que ha llevado a la misma a la construcción de esta sociedad, la sociedad capitalista.

En tal sentido, dice Marx, “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen según libre arbitrio, en circunstancias elegidas por ellos mismos, sino en aquellas circunstancias con las que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado.” (1987-288) Finalmente, si son los hombres y mujeres, los seres humanos, quienes hacen su propia historia y el destino no está sellado, de ellos depende, en parte, recuperar las riendas de su destino y reencontrarse como humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

MARX, K. *El Capital*. Tomo I. Vol. I. Siglo XXI Editores. México. 1999.

MARX, K. y Engels, F. *El Dieciocho Brumario de Luís Bonaparte*. Obras Escogidas. Tomo I. Editorial Cartago. Buenos Aires. 1987.

MARX, K. *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza Editorial. Madrid. 2009.

SABINE, GEORGE. *Historia de la teoría política*. Fondo de Cultura Económica. México. 1996.